

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

**David Garnett**  
**UN HOMBRE EN EL ZOO**

TRADUCCIÓN DE  
ÁNGELES DE LOS SANTOS

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2017  
TÍTULO ORIGINAL: *A Man in the Zoo*  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Grafime

© by The Executor of the Estate of David Garnett  
© del postfacio, Ángeles de los Santos, 2017  
© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2017  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-43-4  
DEPÓSITO LEGAL: cc-20-2017  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

John Cromartie y Josephine Lackett entregaron los pases verdes en el torno de acceso y entraron en los Jardines de la Sociedad Zoológica por la puerta sur.

Era un cálido día de finales de febrero, y domingo por la mañana. Había en el aire un aroma de primavera, fundido con los olores de diferentes animales –yaks, lobos y bueyes almizcleros–, pero los dos visitantes no lo notaron. Eran novios y estaban discutiendo.

Llegaron enseguida a los lobos y los zorros, y se detuvieron delante de una jaula en la que había un animal muy parecido a un perro.

–¡Otras personas, otras personas! Siempre estás pensando en los sentimientos de otras personas –dijo el señor Cromartie. Su acompañante no le respondió, así que añadió–: Dices que una persona siente esto o que otra puede sentir lo otro.

Nunca me hablas de nada que no sea lo que sienten o puede que vayan a sentir otras personas. Me gustaría que pudieras olvidarte de los demás y hablar de ti misma; pero supongo que tienes que hablar de los sentimientos de otras personas porque tú no tienes sentimientos propios.

El animal que había frente a ellos estaba aburrido. Los miró durante un momento y los olvidó enseguida. Vivía en un espacio pequeño y no recordaba el mundo exterior, en el que criaturas muy parecidas a él corrían en círculos.

—Si ésa es la razón —dijo Cromartie—, no veo por qué no habrías de decirlo. Lo honrado sería que me dijeras que no sientes nada por mí. Lo que no es honrado es decir primero que me amas y después que eres cristiana y amas a todo el mundo por igual.

—Qué tontería —dijo la joven—, tú sabes que eso es una tontería. No es por cristianismo, es porque quiero mucho a muchas personas.

—Tú no quieres mucho a muchas personas —dijo Cromartie, interrumpiéndola—. Es imposible que puedas querer a personas como tus tías. Ni tú ni nadie. No, en realidad tú no quieres a nadie. Tú te imaginas que los quieres porque no tienes valor para estar sola.

—Yo sé a quién quiero y a quién no —dijo Josephine—. Y si me obligaras a elegir entre tú y los demás, yo sería una insensata si me entregara a ti.

## DINGO

var. *canis familiaris*

Nueva Gales del Sur, Australia.

–Pobrecito dingo –dijo Cromartie–. Aquí encierran criaturas con el mínimo pretexto. No es más que un perro común.

El dingo gimió y movió la cola. Sabía que estaban hablando de él.

Josephine se volvió hacia el dingo y su expresión se suavizó al mirarlo.

–Supongo que tienen que tener de todo aquí, toda clase de animales, incluso si resultan no ser más que un perro corriente.

Dejaron al dingo, caminaron hacia la siguiente jaula y se detuvieron uno junto al otro para mirar al animal que había dentro.

–«Galgo» –dijo Josephine, leyendo el letrero. Se echó a reír y el galgo se levantó y se alejó.

–Así que eso es un lobo –dijo Cromartie cuando se detuvieron un poco más adelante–. Otro perro en una jaula... Entregarte a mí, Josephine, me da la impresión de que estuvieras loca. Pero de todas maneras demuestra que no estás enamorada de mí. Cuando se está enamorado es todo o nada. No se puede estar enamorado de varias personas a la vez. Lo sé porque yo estoy enamorado de ti

y los demás son todos enemigos míos, necesariamente enemigos míos.

—¡Qué tontería! —dijo Josephine.

—Si yo estoy enamorado de ti —continuó Cromartie—, y tú de mí, significa que tú eres la única persona que no es mi enemigo, y que yo soy el único que no es el tuyo. ¡Una insensata por entregarte a mí! Sí, eres una insensata si piensas que estás enamorada de mí cuando no lo estás, y yo sería un insensato si lo creyera. No te entregas a una persona de la que estás enamorado, eres tú mismo en vez de ir disfrazado con una armadura de metal.

—¿Es que en este sitio no hay más que perros domésticos? —preguntó Josephine.

Caminaron juntos hacia el pabellón de los leones y Josephine cogió a John del brazo.

—Una armadura de metal. No me parece que eso tenga sentido. No puedo soportar hacer daño a las personas a las que quiero, y por eso no voy a vivir contigo ni a hacer nada que les preocupara si se enterasen.

John no dijo nada a esto, sólo se encogió de hombros, volvió los ojos hacia arriba y se frotó la nariz.

En el pabellón de los leones pasearon despacio de una jaula a otra hasta que llegaron a un tigre que caminaba arriba y abajo, arriba y abajo, volviendo su gran cabeza pintada con una tranquilidad

insoportable y con los bigotes rozando el muro de ladrillo.

—Pagan cara su belleza los pobres animales —dijo John después de una pausa—. Y tú sabes que eso demuestra lo que he estado diciendo. El ser humano quiere atrapar todo lo que es bello y encerrarlo, y después acudir en masa a verlo morir poco a poco. Ésa es la razón por la que escondemos lo que somos y vivimos ocultos tras una máscara.

—Te odio, John, y odio todas tus ideas. Yo amo a mis semejantes, o a la mayoría de ellos, y no tengo la culpa de que tú seas un tigre y no un ser humano. No estoy loca; yo le confío a la gente todos mis sentimientos, y nunca tendré sentimientos que no quiera compartir con todo el mundo. Da igual que sea cristiana, eso es mejor que sufrir manía persecutoria e intimidarme porque quiero a mi padre y a la tía Eily.

Pero la señorita Lackett no parecía muy intimidada al decir estas cosas. Por el contrario, sus ojos brillaban, tenía el color subido y un aspecto autoritario, y no dejaba de golpear la punta de su estrecho zapato contra el suelo de piedra. Al señor Cromartie le irritaba ese golpeteo, por lo que dijo algo en voz muy baja a propósito, de manera que Josephine no pudiera oírlo. La única palabra audible fue *intimidar*.

Ella le preguntó con mucha brusquedad qué había dicho. John se rió.

—¿De qué sirve que yo te diga nada si te enfureces antes de haber oído siquiera lo que tenga que decir? —le preguntó.

Josephine se puso pálida en su esfuerzo por controlarse. Miró a un plácido león con tal furia que al cabo de un momento el animal se levantó y se dirigió hacia la guarida que había detrás de su jaula.

—Josephine, por favor, sé razonable. O estás enamorada de mí o no lo estás. Si estás enamorada de mí no debería costarte mucho sacrificar a otras personas por mí. Pero como no puedes hacer eso, se deduce que no estás enamorada de mí, y en ese caso me haces seguir a tu lado sólo porque eso halaga tu vanidad. Ojalá eligieras a otra persona para ese tipo de cosas. A mí no me gusta, y cualquiera de los viejos amigos de tu padre serviría para eso mejor que yo.

—¿Cómo te atreves a hablarme de los viejos amigos de mi padre? —dijo Josephine.

Se quedaron en silencio. Al poco rato Cromartie dijo:

—Por última vez, Josephine, ¿quieres casarte conmigo y olvidarte de una vez de tus parientes?

—¡No, idiota, bruto! —dijo Josephine—. ¡No, animal! ¿Es que no te das cuenta de que no se puede tratar así a las personas? Hablar contigo es una



pérdida de tiempo. Te he explicado cien veces que no voy a hacer desgraciado a mi padre. No me voy a ir sin un céntimo para depender de ti, que no tienes dinero para mantenerte a ti mismo, sólo por satisfacer tu vanidad. Mi *vanidad*... ¿Crees que tenerte enamorado de mí halaga *mi* vanidad? Lo mismo me daría tener a un babuino o a un oso. Eres Tarzán de los Monos. Deberías estar encerrado en el zoo. La colección que tienen aquí está incompleta sin ti. Eres un vestigio, un atavismo de la peor clase. No me preguntes por qué me enamoré de ti. Sí, me enamoré, pero no puedo casarme con Tarzán de los Monos. No soy lo bastante romántica. Veo, además, que crees de verdad lo que has estado diciendo. Crees de verdad que la humanidad es tu enemiga. Yo puedo asegurarte que si acaso la humanidad piensa en ti, piensa que eres el eslabón perdido. Deberían encerrarte y exhibirte aquí en el zoo –ya te lo he dicho antes y ahora te lo vuelvo a decir–, con el gorila a un lado y el chimpancé al otro. La ciencia ganaría mucho.

–Bien, así será. Estoy seguro de que tienes mucha razón. Me encargaré de que me exhiban –dijo Cromartie–. Te estoy muy agradecido por haberme dicho la verdad sobre mí mismo.

Entonces se quitó el sombrero y dijo «Adiós», y haciendo una leve y rápida inclinación de cabeza se marchó.

«Desgraciado babuino», murmuró Josephine, y salió a toda prisa por las puertas batientes.

Los dos estaban furiosos, pero John Cromartie sentía una furia tan desesperada que no sabía que estaba enfadado, sólo pensaba que era muy desdichado e infeliz. Josephine, por otro lado, estaba eufórica. Le hubiera gustado azotar a Cromartie con un látigo.

Aquella tarde Cromartie no conseguía tranquilizarse. Cuando las sillas se atrevían a interponerse en su camino las derribaba, pero no tardó en darse cuenta de que vapulear muebles no era suficiente para recuperar la serenidad. Fue en ese momento cuando el señor Cromartie tomó una singular determinación; una determinación a la que, pueden ustedes estar seguros, ningún otro hombre en circunstancias similares habría llegado.

Se trataba de conseguir que, de una manera u otra, lo exhibieran en el zoo, como si fuera parte de la colección de fieras.

Puede que la fuerte inclinación que Cromartie tenía a mantener su palabra sea suficiente para explicar esto. Pero lo cierto es que muchos impulsos son por completo caprichosos y no pueden explicarse mediante la razón. Y este hombre era orgulloso y obstinado, así que cuando tomaba una decisión sobre algo llevado por un arrebato, afrontaba la situación hasta un punto en que ya no pudiera echarse atrás.

En aquel momento se dijo a sí mismo que lo haría para humillar a Josephine. Si lo amaba, aquello haría que ella sufriera, y si no lo amaba, a él le daría igual estar en un sitio que en otro.

«Y quizá ella tenga razón», se dijo con una sonrisa. «Quizá soy el eslabón perdido y el zoológico es el lugar más apropiado para mí.»

Cogió su pluma y una hoja de papel y se sentó a escribir una carta, aunque sabía que si lograba su objetivo estaría condenado a sufrir. Durante unos momentos meditó sobre la angustia de estar enjaulado y sujeto al capricho de la asombrosa muchedumbre.

Y entonces pensó que para algunos de los animales era más duro de lo que sería para él. Los tigres eran más orgullosos que él, amaban su libertad más que él, no tenían entretenimientos ni recursos y el clima no era adecuado para ellos.

En su caso, no existían esas dificultades añadidas. Se dijo que él era humilde de corazón y que renunciaba a su libertad por voluntad propia. Incluso si no se le permitía tener libros, siempre podría observar a los visitantes con tanto interés como ellos lo observarían a él.

De esta manera se animaba a sí mismo, y el pensamiento de lo terrible que era para los tigres conmovía su corazón de tal manera que su propio destino le parecía más fácil de contemplar.

Después de todo, reflexionó, era tan desdichado en ese momento que nada de lo que hiciera podría ser peor. Había perdido a Josephine y sería más fácil soportar esa pérdida en la disciplina de una prisión. Fortalecido por estas consideraciones, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

*Estimado Señor:*

*El propósito de la presente es plantear ante su Sociedad una proposición que espero recomiende usted a sus miembros para su amable consideración.*

*Permítame decir primero que conozco bien el Jardín Zoológico y lo admiro mucho. Los terrenos son espaciosos y la distribución de las jaulas es al mismo tiempo práctica y cómoda. Hay en ellas especímenes de, prácticamente, toda la fauna del globo terráqueo, quedando sin representación tan sólo un mamífero de verdadera importancia. Pero cuanto más pienso en esta omisión más extraordinaria me parece. Dejar al hombre fuera de la colección de la fauna terrestre es como representar Hamlet sin el príncipe de Dinamarca. A primera vista puede parecer que no tiene importancia, ya que la colección está pensada para que la contemple y la estudie el hombre. Admito que los seres humanos se han de ver con suficiente frecuencia paseando por el Jardín Zoológico, pero creo que hay razones convincentes por las que la*

*Sociedad debería tener un espécimen de la raza humana en exposición.*

*En primer lugar, completaría la colección, y, en segundo, inspiraría en la mente del visitante una comparación que no siempre tiene la lucidez de establecer por sí mismo. Si se colocara en una jaula, entre el orangután y el chimpancé, un miembro ordinario de la raza humana atraería la atención de todo aquel que entrase en el pabellón de los Grandes Simios. En tal emplazamiento, el humano inspiraría mil interesantes comparaciones en los visitantes, para cuya educación existe el Jardín en gran medida. Los niños crecerían insuflados de la actitud de un Darwin, y tomarían conciencia no sólo del lugar exacto que ellos mismos ocupan en el reino animal, sino también de en qué se parecen y en qué se diferencian ellos y los simios. Yo sugeriría que tal espécimen se exhibiera en un ambiente lo más parecido posible al entorno natural en el que vive hoy día, es decir, con ropas habituales y ocupado en cualquier tarea ordinaria. Por lo tanto, su jaula debería estar equipada con una mesa y sillas y con estanterías de libros. Un pequeño dormitorio y un cuarto de aseo en la parte de atrás le permitirían retirarse de la vista del público cuando fuese necesario. La inversión no tiene por qué ser grande para la Sociedad.*

*Para demostrar mi buena fe tengo el placer de ofrecerme yo mismo para ser exhibido, con ciertas condiciones que sin duda encontrarán de carácter razonable.*

*Los siguientes detalles sobre mi persona pueden ser de ayuda:*

*Raza: escocesa*

*Altura: 1'79 metros*

*Peso: 72 kilos*

*Pelo: oscuro*

*Ojos: azules*

*Nariz: aguileña*

*Edad: 27 años*

*Con mucho gusto les facilitaré cualquier información adicional que la Sociedad pueda necesitar.*

*Su seguro servidor,*

*John Cromartie*

Cuando hubo enviado esta carta por correo, el señor Cromartie se sintió en paz y se dispuso a esperar la respuesta con mucha menos ansiedad de la que muchos jóvenes habrían sentido en una situación semejante.